



Breznev visita a Tito en Belgrado: las declaraciones de Carter sobre Yugoslavia levantaron polémica.

ro contradicción real, con el "eurocomunismo". El progreso del eurocomunismo en los países del Sur de Europa estaría en relación con los grandes atractivos que ofrece: nuevas posibilidades del reparto real de la riqueza —y de la pobreza— de cada país, barrido de las formas arcaicas de organización social que todavía proceden de la guerra fría (y aun de tradiciones más lejanas), justicia social. Y la nueva moderación comunista que pretende hacer todo ello sin los gastos sangrientos de la revolución.

La idea patrocinada por los Estados Unidos de Carter sería la de que estos mismos atractivos estuviesen representados por una izquierda general en la que no tomaran parte los comunistas. Abarcaría el movimiento desde una derecha partidaria de cambios sustanciales en la administración de los Estados hasta unos partidos socialistas que fueran capaces de llevar adelante sus programas de reorganización social. Mario Soares, en Portugal, habría sido el ejemplo. En Francia, Giscard d'Estaing, después de desprenderse de la derecha más clásica y más cerrada, como está haciendo, abriría su sistema de gobierno lo suficiente como para que entraran en él una socialdemocracia que ahora no existe de hecho, pero que podría crearse, y que tuviera un cierto atractivo para que Mitterrand y su partido socialista pudieran integrarse en ella. No otro sería el propósito con España, donde se dice que el emisario Kennedy entraría en contacto con dirigentes socialistas y de las diversas cepas liberales para que participaran en este movimiento europeo. Sería curioso ver que precisamente estos partidos abandonasen al comunista a su suerte y que por ello éste

fuera admitido en las reformas del Gobierno Suárez, con la idea de que el comunismo sin otros aliados podría ser uno de los partidos que presentándose a las elecciones quedarán fuera del Parlamento o con una representación mínima, gracias a los llamados sistemas correctores del sistema electoral proporcional. La idea que sostendría el grupo Carter sería la de que el comunismo en España es, por el momento, muy minoritario, y que hay en juego numerosos reflejos que podrían restarle muchos votos, pero precisamente a condición de que fuera segregado de las alianzas de la izquierda precisamente por la izquierda misma. No hay por el momento ninguna razón para creer que estos cálculos de los Estados Unidos —que comparten algunas autoridades españolas— sean acertados.

Como tampoco hay razón ninguna para creer que los partidos socialistas acepten esta especie de juego, que les haría, una vez más, encubridores de una gran política capitalista que parece que no puede prevalecer por sus propios medios clásicos. Los partidos socialistas no pueden abandonar ahora fácilmente a su clientela, que no es la de una izquierda sentimental o intelectual, sino la de muchos trabajadores que están perdiendo paulatinamente su nivel de vida. Un restablecimiento de la pequeña opulencia europea de los primeros años de la década haría más en favor de la política de Carter que una campaña de predicación. Lo cual tampoco parece fácil. La penuria europea está provocada por el nivel de vida americano —a través de numerosas vías—, y los Estados Unidos no van a prescindir de ese nivel de vida ni va a ser Carter quien se lo va a quitar. ■

La Capillina siXtina

LA SEGUNDA MUERTE DEL INSPECTOR MAIGRET

DE todas las celebraciones mortuorias de la semana, la que más me ha afligido es la del comisario Maigret. Primero murió a manos de su novelista-autor, el cansadísimo Simenon, que ahora contempla desde su castillo suizo los penúltimos otoños tintineantes en las doradas hojas casi muertas de los álamos. Simenon quería descansar de un personaje al que odia, porque le ha enriquecido, pero no le ha dado el Premio Nobel. Todo novelista europeo de estos últimos cuarenta años se consideró nacido para continuar el discurso narrativo allí donde lo habían dejado Proust y Joyce, tal vez sin darse demasiada cuenta de que lo habían dejado en un callejón sin salida. Simenon nunca se ha contentado con el rol de producir subproductos geniales como *La piel de un hombre*, novela de Maigret sobre el tema de *Crimen y castigo*, en mi opinión tan inteligente como *Crimen y castigo* y tan legible ahora y mañana. Y que no me perdonen por mi aparente herejía, porque las herejías se justifican en sí mismas.

Asesinado Maigret a manos de su amo-esclavo, ahora ha vuelto a morir con Jean Gabin, el actor que le dio para siempre imagen y sonido. Después de ver un Maigret encarnado por Gabin, resultaban incómodos los otros intentos de encarnación a cargo de excelentes actores como Gino Cervi o Jean Richard. La malicia maquiavélica de Cervi o el blando "esprit" de Richard no podían competir con el paquidémico psicologismo de Gabin, con la geografía facial atormentada de gourmet ex legionario y ex navajero convertido en comisario de Policía. La gran humanidad de Maigret radica en que es a la vez víctima y verdugo, delincuente y comisario. De ahí que se sienta tan solidario con el delincuente-víctima de los demás, de la situación, de sí mismo. De ahí esa lógica secreta que le lleva a descubrir todo el enredo por las catacumbas secretas de la comprensión del asesino. La trama-intriga de las novelas de Maigret no tiene el cerebralismo de los novelistas-ajedrecistas, auténticos jesuitas de la imaginación que primero construyen el silogismo y después la novela. Simenon crea una situación realizada por seres humanos y deja suelto a Maigret para que entre calvados y calvados y plato del día de la Brasserie Dauphin (¡Dios de los soviets, qué platos del día!) cavile sobre los pecados de pensamiento, palabra, obra u omisión llegue al culpable por vía anímica, un culpable que nunca lo será tanto como las apariencias indican o la moral escrita sanciona.

Gabin se ha llevado a la tumba su rostro trapezoide lleno de montañas y ríos secos y también el candor de sus ojos de animal ingenuo siempre dispuesto a sorprenderse o la cólera de sus labios deformados por la pronunciación del eu en francés. Todos estos elementos faciales, juntos y sumados, daban el rostro del inspector Maigret, según el secreto referéndum del público que siempre protegió a la criatura mucho más que Simenon, su padre legal, terrible padre que le dio la vida y luego intentó quitársela.

Ese público seguirá esperando a Maigret como los bretones aún siguen esperando al Rey Artus. Maigret cazador-redentor de putillas de esquina, locos de pensión triste y borrachos de esclusa atontados por el Beaujolais Nouveau y por la música de íntimos acordeones que sólo Maigret sabe escuchar. ■

SIXTO CAMARA